

Pablo Ingberg  
Apunte autobiográfico  
(escrito en 1995)<sup>1</sup>

Nací en Dolores, nombre que, suelo creer, me marcaría de por vida, el 6 de julio de 1960 a las 5 y 10 de la mañana. Nunca sentí placer por madrugar, y no creo que lo haya sentido aquel día. O quizá fue que mi nocturnidad casi ingénita me llevó a nacer sobre el fin de la noche más que sobre el comienzo de la mañana. Y amaneció el mundo.

El mapa astral indica que nací bajo el signo de Cáncer con ascendente en Géminis y luna en Sagitario, y el calendario chino, que lo hice en el año de la rata. Pero yo no les creo.

Soy el tercero de tres hermanos, mujer, varón y yo, un engendro. Por obra de una esmerada planificación familiar amanecimos al mundo cada cuatro años, y por obra del calendario gregoriano todos en año bisiesto. Mis padres, cuenta la tradición, esperaban una niña, que se llamaría Sara Gabriela (Sara por la abuela materna, fallecida tiempo antes, de mamá). A lo mejor estaban en lo cierto, pero decidí nacer *contrera* desde el principio, y metamorfoseé mi sexo y mi destino. Uno de mis más antiguos recuerdos infantiles va en el mismo sentido: tendría yo alrededor de los tres años y principios de animalidad racional, los suficientes ya para comprender que, puesto que papá era de River y Boca lo opuesto, me correspondía ser de Boca. No duré mucho, el amor y el respeto venerable me convirtieron a la religión riverplatense. Dado que no había nombre masculino pensado, mi hermana, por entonces de ocho años, propuso Alejandro Marcelo. Por un maravilloso mecanismo de insatisfacción perpetua, algo sí todo jamás, le fue concedida solamente la segunda parte de su deseo.

Más recuerdos de esa casa de la calle Echeverría, donde viviría hasta los cuatro años. Un día abrí la jaula del canario que estaba en el patio, y lo insté a que se volara. La tradición familiar cuenta que eso lo hizo mi hermano, aunque yo tengo grabada la imagen casi cinematográfica (y el anhelo narcisista) de estar realizando esa acción. Quién tenga razón, si mi imaginación o las voces familiares, es algo que permanecerá en lo indescifrable. Si no lo hice, al menos lo soñé con toda verosimilitud. Otro. Con una empleada doméstica (“la chica”, según se acostumbraba llamar a las que cumplían esa función, por traducción literal, sospecho, del ídish que ya mis padres no habían aprendido a hablar, o a lo mejor era al revés), nos tirábamos, ella, mi hermano y yo, desde el borde de un entrepiso o altillo de madera, en el garaje que hacía las veces de habitación de servicio, hasta su cama, al grito de “Sú-permán”. El canario voló hacia arriba, nosotros sólo podíamos hacerlo hacia abajo.

Se festejó mi quinto cumpleaños ya en la casa de Necochea 20, muchísimo más grande que la de Echeverría. Mamá era una festejadora y anfitriona maravillosa: multitudes de niños, comida y juegos, todo organizado y en gran parte preparado por ella misma. Terrible contraste con lo que serían mis cumpleaños a partir de unos años más tarde.

Mi educación fue muy severa, cosa que, aunque resultara un tanto excesiva por momentos, agradezco: todo logro precisa del esfuerzo y la dedicación tenaz. Ejemplos. Llegaba de la escuela a

---

<sup>1</sup> Al invitarme Diana Oves a su programa *Desde el corazón* en FM Shalom 89.1 por la aparición de mi libro *Camino a Damasco*, me pidió una mínima autobiografía. Éste es el resultado, que excedió sus expectativas y no me disgusta releer tantos años después.

tomar la leche, y terminaba de hacerlo en el único horario del día en que había media hora de dibujitos animados. Jamás se me permitió verlos si no había acabado antes hasta el último de mis deberes escolares, es decir casi nunca. De nada valieron mis ruegos y promesas de hacerlos tan pronto se terminaran los dibujitos. Eran los sesenta y soñaba con dejarme el pelo largo como un primo segundo que vivía en La Plata. Muy bien, decía mamá, pero en cuanto te vea despeinado te lo mando a cortar. Y no pasaban muchos días sin que volviera de jugar con un mechoncito sobre la frente. Al día siguiente, máquina cero. Yo, que nunca carecí de carácter, no me entregaba al peluquero Olea sin vengarme con un gran escándalo de gritos y lágrimas. No era fácil ser hijo, pero seguro que ser mi padre o mi madre tampoco lo era.

De mi madre recuerdo también, tan bien, sus uñas rascándome la espalda a mi ruego e insistencia. De mi padre, las ventanas de la nariz ensanchándose cuando mentía para hacer un chiste, las increíbles operaciones aritméticas que realizaba (o nos hacía creer que realizaba) en segundos a pedido nuestro mientras viajábamos con él al volante (y mamá tejía para no mirar la ruta), la seguridad que transmitía cuando nos llevaba a los tres mar adentro más allá de donde rompían las olas (y mamá tejía de espaldas en la playa para no mirar), su mirada de acero verde capaz de doblarnos las rodillas. En mi imaginario, mi madre encarna el amor, mi padre la firmeza y los logros.

Fui, y tal vez siga siéndolo aunque atemperado por los años, caprichoso y obstinado. También, y nada atemperado hoy a este respecto, una mezcla de erizo solitario, el corazón soñador bajo un caparazón de espinas ocasionalmente mordaces o simpáticas, y lobezno huérfano, entre el hambre y la dignidad. Siempre excelente estudiante, para eso nunca fue necesario que me mandaran, dirigieran o supervisaran: mi curiosidad (jamás chismosa) y mis ansias son infatigables.

Mis padres me desamanejaron el mundo el 31 de marzo de 1970, una tarde de domingo otoñal, con llovizna o niebla, en que se metieron debajo de un camión sin luces que entraba a la planta de Peugeot en la ruta 2, a la altura de Berazategui. Él con traumatismo craneano, ella decapitada (mientras seguramente tejía para no mirar hacia adelante). Al día siguiente, un empleado del negocio (papá y mi abuelo materno tenían un almacén mayorista) fue a buscarme en bicicleta a la escuela, cuando yo estaba en clase de música. Recuerdo demasiado bien aquel día, cómo todos lloraban pero nadie se atrevía a darme la noticia, que debí deducir por mí mismo. Pero no tengo ganas de contarle ahora.

Desde aquellos mis nueve años hasta terminar la escuela secundaria a los diecisiete, viví con mis abuelos maternos. A mi abuela paterna, Sofía, no llegué a conocerla. Mi abuelo paterno, José (en realidad Oseas según su documento), que me enseñó a jugar al dominó y, me desilusionó muchos años más tarde un tío, me dejaba ganar, murió para mis siete. Manuel (Mendel según el documento), mi abuelo materno, murió en 1994. Sofía, mamá de mi mamá, es mi única abuela superviviente [moriría en 2002]. Todos nacieron en Rusia, o, como debiéramos decir hoy con mayor precisión, en Ucrania, y llegaron a la Argentina a diversas edades. El abuelo José, el que lo hizo a edad más avanzada, vino por los diecisiete años, acompañando a una tía y con idea de seguir viaje a Estados Unidos, pero su tío nunca pudo cumplir la promesa de pagarle el pasaje y debió quedarse en Buenos Aires. De Sofía paterna poco sé [era de la zona de Kiev, igual que José, y se vino unos veinte años después que él, en el veintipocos]. Manuel pasó hambre por Rivera o Bernasconi, y Sofía materna, tras seis meses en Brasil, fue a parar a Carmen de Patagones. Se conocieron en Bahía Blanca, recorrieron a pan y cebolla Lobería y Lincoln, donde nacieron mamá y su primera hermana, y finalmente fueron a dar a Dolores, donde nació su tercera hija. Papá, apuesto alumno nocturno del Vieytes, donde obtendría el título de perito mercantil, conoció a su futura esposa por carta, intermediación de una tía de ella

mediante, y se casó y emigró a Dolores cuando mi futura mamá terminó su escuela normal, trocando viaje de egresada por luna de miel.

Mis padres murieron volviendo a Dolores tras dejar en Buenos Aires a mi hermana, que acababa de terminar su escuela secundaria e iba a empezar a estudiar para maestra de hebreo a través de la AMIA. Silvia, con quien mejor me llevaba de mis dos hermanos, ya no volvió a Dolores más que de visita. Estuvo un año en Buenos Aires, dos en Israel y, desde su regreso, siempre en Buenos Aires, donde se casó y separó no sin antes dar a luz a Tali, una de mis mayores luces en este mundo. Durante su primer año de estadía en Buenos Aires, respondiendo a la frecuente pregunta sobre de dónde venía, Silvia pergeñó una frase que pasó a formar parte de nuestro repertorio. De “Dolores, mitad de camino a Mar del Plata”, “Dolores, el pueblo que se quedó a mitad de camino”. Sólo los años me han permitido ir reconociendo los rasgos del Dolores que llevo dentro, para bien y para mal pero irremediablemente. Desde no sé cuándo, por lo menos desde los doce o trece años, soñaba con venirme a Buenos Aires. Dolores, pueblo chico infierno grande. Buenos Aires, donde hay tanta gente que uno está solo, anónimo. Mi erizo navega mejor en este mar.

Con mis abuelos no me llevé bien. Con el tiempo, y gracias a la distancia, aprendí a perdonar nuestras desavenencias. No era fácil lidiar conmigo, y menos hacerlo con una generación de por medio y después de haber perdido a una hija y un yerno muy queridos. Mi independencia y cerrazón se incrementaron. Siempre me preocupé por dejarles en claro que no eran mis padres. Con la escuela no tenían por qué preocuparse: fui escolta en la primaria, el mejor promedio del curso durante toda la secundaria y abanderado en 5° año. Siempre me resultó fácil ser organizado con mis obligaciones escolares, y me quedaba muchísimo tiempo libre en que, para evitar contacto con ellos, me iba a algún club a jugar a los flippers, al ajedrez, cartas, ping pong, bochas, billar. Muchas veces lamenté no haber aprovechado ese tiempo en algo más productivo.

Con el único amigo de veras que tenía por la época de la muerte de mis padres, Leo, me peleé algo así como un par de años después, luego de haberlo sorprendido haciéndome concesiones por lástima. No volví a tener verdaderos amigos hasta unos ocho años más tarde, en Buenos Aires, cuando empecé a estudiar teatro y danza.

A los diez u once años empecé a viajar solo, todos los veranos y vacaciones de invierno, de Dolores a Tres Arroyos, a casa del tío Saúl, hermano menor de mi abuela. Salía solo de casa de mis abuelos con mi bolsito hasta la compañía de ómnibus, compraba mi pasaje a Mar del Plata, llegaba, compraba pasaje en el próximo ómnibus a Tres Arroyos, y en las dos a cuatro horas que me quedaban en medio almorzaba en algún restaurante, caminaba hasta el mar o visitaba a unos parientes. En Tres Arroyos, mis tíos iban a esperar el ómnibus de Mar del Plata en que calculaban (y acertaban) que yo llegaría. Allí tenía otros tíos (tíos abuelos) y primos (en realidad tíos segundos, pero de edad cercana a la mía por la enorme diferencia de años entre mi abuela y sus hermanos menores). También está el cementerio israelita donde han ido siendo enterrados mis padres, mis cuatro bisabuelos por vía materna, mi abuelo Manuel, mi prima (tía segunda) Andrea (otro amor, otra luz apagada). De niño (o quizás debería decir desde que comenzó mi adultez, el día en que murieron mis padres) me costaba horrores ir a ese lugar donde no conseguía (no me lo permitían mi timidez y mi sentido de la intimidad del dolor) transformar el nudo en la garganta (y no precisamente de la corbata) en llanto, mientras innumerables tías me besaban con lágrimas y mocos y me miraban con lástima. Con los años, después de un largo retiro voluntario que me permitió volver por propia decisión, y sobre todo solo, aprendí a amar ese lugar donde termina el pueblo, un arroyo viborea

cerca, las palomas arrullan, los caballos pastan, las hormigas fatigan sus senderos y yo, ocasionalmente, ejercito mis glándulas lacrimales, sin corbata ni nudo en la garganta.

Fui buen alumno de todas las materias, mi curiosidad jamás estableció distinción entre la vida de las hormigas, los ríos de la China, la historia de Egipto, la fabricación de un tornillo o la partida doble. Nada me es ajeno, ni siquiera lo humano. Ahora bien, cierto tácito mandato paterno, su imagen de brillante hombre de números, me impuso ser primero perito mercantil, y luego estudiar Ciencias Económicas. Para eso vine finalmente a mis anhelados Buenos Aires, y desde enero del '78 vivo aquí solo (con excepción de tres años matrimoniales). A los pocos meses mi tío David, hermano de papá que moriría poco después en soledad, me estafó parte de mi herencia, y tuve que empezar a trabajar algo antes de lo calculado. Desde que comencé a hacerlo, comprendí que el futuro que deseaba no coincidía con la partida doble. Poco a poco empecé expresión corporal, luego teatro, danza contemporánea, danza clásica (llegué incluso a trabajar en varias obras de teatro danza), a borrar papelitos con pretensiones literarias. Como en ningún momento vislumbré una alternativa de futuro económico, mi sentido del deber, el mandato paterno, la necesidad de tener bien cubierto el lugar del padre dador de dinero, me llevaron a terminar esa carrera universitaria, sin que me costara demasiado esfuerzo, en julio del '82, cuando acabada de cumplir mis veintidós años. Durante toda esa época sufrí como un marrano porque, por un lado, mi sentido del rigor me indicaba que no podía hacer realmente bien tantas cosas, y, por el otro, mi curiosidad y mi deseo insaciables me impedían resignar nada. La elección se fue dando sola y lentamente. Primero, aprovechando una condición favorable (o desfavorable, según se viera: el grupo de teatro danza en que estaba se reorganizaba y yo, entre otros varios, quedaba afuera), dejé la danza: por haber comenzado tardíamente y no estar dispuesto a dedicarle toda mi vida, jamás podría llegar a la altura de mis exigencias (no menos que Barishnikov). Luego el teatro, lo que más pugnaba con mi personalidad más de rumiante mental intimista que de expulsor impúdico de emociones: para cumplir como se debía, era necesario dedicarle más tiempo, y no lo tenía, o no estaba dispuesto o no podía dejar nada para hacerlo. En principio pensaba retomar por menos horas al año siguiente, pero a poco de haber dejado mis clases, comprendí que no me faltaban. Escribir, me di cuenta entonces, era lo único que no dejaría de hacer me dedicase a lo que me dedicara.

Lo que siempre hubiera dejado de buena gana eran mis estudios y mi trabajo como contador, pero de allí provenía el dinero que ganaba para vivir. El primer tiempo después de recibirme tuve algunos clientes. Iba a visitarlos en moto, con pelo largo enrulado y barba, en jeans remendados y sandalias. Trabajaba no más que unas tres horas diarias, y luego clases de danza, teatro, ensayos, etcétera. Pero se me rompió la moto y no tenía plata para arreglarla. Por ese entonces me convocó el Banco Central, que había pedido la lista de mejores promedios del año anterior a la facultad. El sueldo era tres veces lo que yo estaba ganando. Entré con la idea de juntar plata durante unos meses y después seguir con sólo mis clientes, pero al poco tiempo los abandoné, porque me llevaban poco tiempo pero muchas preocupaciones, y terminé trabajando en el Banco durante ocho años y algunos meses. Allí sí me anudaba la corbata en la garganta, aunque por algunos años no abandoné ni la moto ni el pelo largo y la barba. La moto terminé abandonándola porque no podía leer mientras manejaba y sí mientras viajaba en colectivo. El pelo largo y la barba, cuando ya me hacían parecer un viejo sesentista entre jóvenes rapados. Y si bien después volvió a usarse el pelo largo, ya estaba saldada la cuenta con mi mamá que me lo impedía, y el pelo corto me resultaba más cómodo y adaptado a mi personalidad más amiga de la discreción y la sobriedad que del exhibicionismo.

Cómo empecé a escribir. Al principio, como todo adolescente que precisa imperiosamente canalizar una emoción o una imposibilidad concreta. Andaría por mis veinte años. Algo después tuve

una amante, quizá la más bella que haya tenido, dos o tres años menor que yo, de mi mismo edificio. Me contó que su padre iba a publicarle un libro. Le mostré lo que tenía escrito. Juntos escribimos una suerte de cadáver exquisito (yo no tenía idea de lo que era eso por aquel entonces). Ella se distanció desde que un día vino a traerme un pedazo de torta que había hecho y me encontró con otra. No era un secreto para ella, que por otra parte tenía su novio, pero fue una desgraciada coincidencia. Por otra parte, fue casi la única vez en mi vida en que tuve dos amantes simultáneas. Ya nunca fue lo mismo con mi vecinita, y nunca volví a saber de ella desde que, mientras yo estaba de vacaciones, se mudó sin dejarme ningún dato.

Lo cierto es que empecé a escribir con más frecuencia y ganas. Mi tía Marta, hermana menor de mi papá, y una figura importantísima para mí entre 1978, año en que vine a Buenos Aires, y el 12 de abril de 1995, en que murió de cáncer (en realidad habría que decir que sigue siendo importante de otro modo), me prestó *Confieso que he vivido*, las memorias de Pablo Neruda. Todavía, aunque jamás volví a leerlo, recuerdo el comienzo: “Quien no conoce los bosques del sur de Chile no conoce el mundo”. Era una película de John Wayne, de superhombres, y yo, que tenía un sentido crítico muy adolescente, poco desarrollado, soñador, sentí que quería ser eso. Empecé a escribir casi con frenesí, y para doble desgracia, los versos de Neruda me parecían el modelo de lo que la poesía era y debía ser, y lo que hacían los demás poetas, no más que vanos intentos de alcanzar ese modelo. Durante el año siguiente, 1982, llegué a escribir más de ciento ochenta de lo que yo llamaba, con mi exceso de buena voluntad adolescente, poemas. Los agrupé creo que en tres libros, y hasta llegué a sentir que ya estaba en condiciones de publicar.

Como me destacué en todas las materias, también lo había hecho en redacción. Leí varios libros durante mi adolescencia dolorense, entre los cuales recuerdo como particular revelación del arte literaria *La jangada*, de Julio Verne. Pero había leído demasiado poco para ser escritor, y creía que había muy pocos escritores en el mundo, uno de los cuales por supuesto era yo. Una amiga me consiguió el teléfono de una persona que le había hecho publicar un libro a algún conocido suyo. Era Susana Szwarc, la primera persona de letras que conocí, y en seguida le llevé mis papelitos, elegimos uno de mis “libros” para trabajar, lo corregimos verso a verso, se agregó algún poema, y ella me sugirió no publicarlo, porque lo que había empezado a escribir en esos días era mucho mejor. Le dije que tenía razón, pero que de todos modos quería publicarlo. Fue mi primer librito, finalmente llamado *Canto de ceniza*, un engendro de candor. Un amigo sacó fotos en la presentación, y acabó el rollo en mi casa, de la que estaba a punto de mudarme y quería conservar ese recuerdo. Años después, contemplando la foto de mi biblioteca de entonces, comprobé con espanto que no llegaba a cubrir un estante de un metro con literatura.

En el año de publicación de ese libro, 1983, escribí otro, que también corregí con Susana, y que quise publicar de inmediato para demostrar que había mejorado. Fue *Flores de metal*, que publiqué al año siguiente. En realidad no sé a quien quería demostrarle qué cosa, pues ya había comenzado a conocer el mundillo de los literatos, que yo soñaba tipo película de superhéroes dadivosos y era tan miserable como el de todos los días.

Me serené un poco. Hice un par de años de taller literario regular con Enrique Blanchard. Me estimuló a ampliar mi mundo de lecturas, me llevó a leer con frenesí. Dejé danza, teatro. Escribí una obra de teatro a partir de una idea y un pedido de un muchacho que conocí a través de mi trabajo como contador. Él se llamaba Armando Bolatto (lo digo en pasado porque hace años que, lamentablemente, no sé nada de él), y la obra, que él mismo dirigió, *Todos los caminos conducen a Roma (comedia con un intervalo)*, estrenada en noviembre del '84. Tenía demasiados personajes y requería

mucho esfuerzo de producción para hacerla sin plata. El resultado fue bastante digno, pero no pudo sostenerse más que un mes. Después escribí unas obritas cortas para espectáculos que Armando planeaba y nunca llegaron a concretarse. Así como había dejado de estudiar danza y teatro porque no podía hacer bien tantas cosas, me pareció que debía concentrar mis esfuerzos literarios, y dejé en suspenso todo otro género que no fuera la poesía (había incursionado secretamente también en el cuento, algo que yo creía una novela, divagaciones que creía ensayos).

Trabajar en el Banco Central, aunque me daba seguridad económica, me angustiaba horriblemente. Sentía que entre mi trabajo y mis necesidades básicas me ocupaban gran parte de mis horas de vigilia, y que ese tiempo inútil para la literatura sería irrecuperable, un verdadero desperdicio. Comencé a pensar en alternativas supuestamente más cercanas a la literatura. El periodismo estaba descartado, soy incapaz de escribir ni siquiera un recibo sin meditar el texto largo rato y corregirlo luego varias veces, dejándolo descansar unos días entre medio; mis energías para escribir, por otra parte, son exclusivas de la literatura o de la “irresponsabilidad” de una carta o un cuaderno de notas, jamás de un encargo que uno debe cumplir regularmente sea cual fuere su estado mental. Intenté dar talleres literarios. De hecho lo hice durante tres años, y no creo haberlo hecho mal: conseguí que mis alumnos casi dejaran de escribir. Lo cierto es que me lo tomaba con la responsabilidad que me es característica, y me llevaba cantidad de tiempo y energías preparar el material, y las energías que me ocupaba trabajar sobre los textos de los otros se parecían demasiado a las que necesitaba para escribir. Concluí que era preferible trabajar en el Banco Central, que me llevaba tiempo pero ninguna energía de ese tipo, y angustiarme por el “enemigo” antes que por el “amigo”. La única alternativa para no tener que pensar como necesidad imperiosa en ganar dinero con lo que quisiera escribir, colegí, era convertirme en mi propio mecenas. Y así seguí ahorrando dinero hasta que un rayo de luz me permitió dejar el Banco y la partida doble (todo lo que entra sale) ojalá que para siempre. Ya mucho antes de que llegara ese glorioso día del 3 de enero de 1992, había publicado a fines del '87 mi tercer libro, *Faloria bífrente*, terminado un año antes.

Dejar los talleres literarios perseguía también otro objetivo: tener más tiempo libre para estudiar. Cansado del desorden de mi voracidad, había resuelto acudir al origen de la literatura tal como se entendía entre nosotros: Grecia y Roma. Así que fui a la Facultad de Filosofía y Letras, y poco a poco empecé a estudiar griego y latín. Al principio, con la idea de hacerlo por sólo un cuatrimestre como para tener una leve idea, pero al instante me sentí atrapado por ese mundo, y lo seguí adelante hasta el fin. Jamás me propuse como objetivo terminar la carrera, aunque en el fondo sabía que difícilmente mi sentido del deber me permitiría dejar algo por la mitad. Así fue que, aunque no tenía el más mínimo interés en estudiar con un profesor y rendir examen de materias como literatura latinoamericana o argentina, que podía leer por mi cuenta y con libertad e independencia de opinión en mi casa, me sometí a hacerlas para completar la carrera. Eso fue cuando podía dedicarle más tiempo porque había dejado mi trabajo en el Banco. Y me recibí el martes 13 de junio de 1995, no te cases ni te embarques pero gradúate.

Estuve casado entre 1984 y 1987. Mi entonces mujer, bella y excelente persona, hija de nieto de italianos y gallega de Galicia, solía quejarse de que dedicara mi poco tiempo libre de trabajo y talleres a leer, escribir, corregir escritos. Me decía que yo tenía que vivir solo. Yo le contestaba que de ningún modo, pero más tarde comprendí que tenía razón. Me he vuelto cada vez más ermitaño y solitario. En un tiempo, creí encontrar una alternativa para mis anhelos de amor absoluto en la religión. De la mano de mis estudios de griego y latín, de mi interpretación, en esa época, de la historia espiritual de la humanidad y de mi propia historia, juzgué que esa religión debía ser el catolicismo. Mi propia historia, porque había nacido en un pueblo en el que la éramos única familia judía, y me había criado

entre amigos y compañeros católicos y sin ninguna educación religiosa judía en casa. Eso me acostumbró, en cierto modo, a ser el distinto. Luego, jamás me sentí capaz de tener participación en ningún tipo de comunidad, inclusive la judía, que en general se caracteriza por el agrupamiento hacia adentro. En todos los campos, incluso en la literatura, soy un solitario empedernido. No me siento a gusto en los grupos, de cualquier tipo que sean. Las únicas relaciones que me importan son íntimas, de uno a uno. La comunidad en que nací y me formé, la argentina, está fuertemente marcada por el catolicismo. Y mis estudios de griego y latín me llevaron a pensar que había una suerte de evolución natural en la espiritualidad del occidente del que me siento parte que llevaba al catolicismo. De modo que tuve un período que podría llamar algo así como de sueño místico. Finalmente no perduró. Las razones son diversas, y no estoy seguro de conocerlas con certeza. Por una parte, mi sentido del rigor hacía necesario que para tomar semejante decisión yo estuviera absolutamente seguro de que no se trataba de algo pasajero, y que debía asumirlo con absoluta convicción en todas sus partes, cosa que nunca pude conseguir. Por otro, en fin, no tengo ganas de hablar de eso. Testimonio de esa época es *Camino a Damasco*, mi cuarto libro de poemas. El amor y el Amor como sueño perpetuamente incumplido.

Al publicar *Faloria bifronte*, se me ocurrió que mi primer libro había sido mi niñez poética, el segundo la adolescencia, y ese tercero la madurez. Quizás *Camino a Damasco* sea mi vejez poética, y ahora nazca de nuevo a otros géneros. Amén.